

SOBRE LAS VICISITUDES DE LA POLÍTICA CULTURAL EN ESPAÑA

La consigna cultural europea, que, desde la segunda mitad del siglo XIX, fulminó especial anatema contra España.—La “fundación cultural” dada al liberalismo por Michelet-Burckhardt.—La moderna investigación, demolidora de esa clave dogmática y de su falsa interpretación del Humanismo y el Renacimiento.—Subsiguiente liberación y revaloración de la Cultura española genuina.—Excusa de la “inautenticidad” a que se vió forzada la política cultural de los Gobiernos anteriores a la Dictadura.—La política cultural autónoma en España pudo ser incoada durante la Dictadura, al amparo de la susomantada revisión, y puede ser proseguida, con creciente aumento de posibilidades autárquicas, en el presente.

ALGUNOS benévoloos oyentes invítanme a esclarecer ciertas fugaces alusiones ideológicas que aduje durante un acto público. Intentaré complacerles:

El comienzo de la boga universal de la palabra “humanismo” (procedente de la alemana “Humanismus”) señálase en la década de 1830-1840; y fué Hegel por quien se comenzó a agregar a ese término nuevas y grávidas connotaciones sobre la tradicional significación de los “studia humaniora”. En 1855, después de doce años de interrupción, reanuda Michelet su *Histoire de Franco* con el volumen séptimo, dedicado al siglo XVI y titulado intencionalmente “La Renaissance”, “el Renacimiento” sin más, amplificando así a toda la cultura del espíritu el sentido de ese vocablo, antes casi privativo de la Literatura y las Artes plásticas. Cinco años después, en 1860, Burckhardt publica su conocido libro sobre *La Cultura del Renacimiento en Italia*.

De esta suerte, el escritor francés y el suizo resultaron colaboradores en una síntesis con ínfulas dogmáticas, que pretendía contener nada menos que la nueva fundamentación "cultural" del liberalismo. He aquí, en resumen, las "ideas hechas" ingredientes en tal gratuita dogmatización: el Renacimiento aparece en la Italia del cuatrocientos fomentado por grandes espíritus "liberales" (?); rompe con la tenebrosa Edad Media para abrir a la Humanidad nuevas y luminosas vías; es fuertemente estimulado por la "diáspora" de los sabios de Constantinopla al caer ésta en poder de los turcos; es transportado de Italia a Francia a principios del XVI por los soldados de esta nación cuando retornan (derrotados por los españoles); desde Francia irradia a todo el resto de Europa. Y en cuanto a su contenido ideológico, el Renacimiento fué definido como la reviviscencia maravillosa de las letras de la Antigüedad precristiana, que dió lugar a una sabiduría nueva, enteramente laica y humana, caracterizada por el triunfo del individualismo. Esta definición (hoy por completo invalidada a incluso divertida) fué, no obstante, el credo cultural básico para Europa y el mundo nada menos que durante el medio siglo que transcurre entre 1860 y 1910. Nadie, desde el ángulo "secularista", opuso a ese credo (que establecía apodícticamente la secuencia "Humanismo-Renacimiento-Liberalismo") la menor objeción ni asomo de reparo hasta que, en vísperas de la guerra mundial "número uno", la investigación contemporánea comenzó a llamar a capítulo tales y otros tópicos, especialmente los "micheletianos", sometiéndoles a escrupulosa revisión. Ni uno solo pudo resistirla sin desmoronarse.

Al término de nuestra guerra civil y comienzos de la mundial "número dos", la crítica universal había dado cima a su tarea. Las generalizaciones magnilocuentes de Michelet se acreditaron de chirles; y la reconsideración desde distintos ángulos del mucho más denso libro de Burckhardt, cercenó la mayor parte de las pretensiones "científicas" de validez universal que se había querido atribuirle, reduciéndole a erudito y ameno anecdotario circunscrito a Italia y adolecente de ilícita *petitio principii*.

Y mientras tanto, ¿qué acontecía en España? Desde luego, la "pervasión" micheletiana había sido aquí completa, y sus resultados tan funestos como era previsible. Por ello, esa revisión científica universal nos importaba tanto, que de ella pendía "prácticamente" el respeto a nuestra perduración como unidad autónoma de cultura. ¡De tal modo eran hispanóforas las divagaciones pedantescas y tan asfixiante su presión sobre nuestra Patria (la cual, conforme a ese criterio, por no haber tenido Renacimiento, según tales "pontífices", quedaba excluída del goce del liberalismo, esto es, de la civilización) que los investigadores extranjeros, sin propósito ni deseo de reivindicar a Es-

pañía, la han favorecido forzosamente por el efecto simplemente "mecánico" de aflojar o destruir las ligaduras de toda esa sofisticación constrictiva! Mas, ¿quién se daba aquí por enterado de coyuntura internacional para nosotros tan propicia como inesperada?

De toda esa polémica extranjera, general y apasionante, no han llegado aún al lector de nuestro idioma sino poco más que los siguientes ecos: a) Algunas de las modernas reivindicaciones alemanas del "Barroco" en las artes plásticas, pero no de la reconocida "Barokkultur" española; así como algunas traducciones, ciertamente fundamentales —pero en desconexión con el debate general— de Huizinga; casi todo ello procedente de la iniciativa bibliográfica de Ortega. b) La honrada y justa reivindicación de la "originalidad" y "sustantividad" de la cultura española de nuestra Edad de Oro, preludiada por Ramiro de Maeztu en sus conferencias de Montevideo (1930) y secundada —sin propósito de prosecución— por Federico de Onís, Profesor de Columbia University (Madrid, 1932), único "izquierdista" que se "atrevió" a hablar claro, bien que resultase inútil ese ofrecimiento de un magnífico y accesible plano superior de coincidencia y "proindivisión" para "izquierdas" y "derechas". Y c) Desde luego, la revaloración moderna de la Escolástica medieval, capitaneada certeramente en las traducciones españolas por Martín Grabmann respecto a Alemania y Etienne Gilson respecto a Francia, entre otros.

El lector no versado en más idiomas que el nuestro ignoraba e ignora todavía la discusión y revisión "de totalidad" que estaban sufriendo por esos mundos las insolventes fórmulas "decimonónicas", y aun las más fútiles del prologal siglo dieciocho, y ha debido atenerse a esas pocas informaciones librescas, descoyuntadas, aparentemente debidas a simples genialidades de los respectivos autores extranjeros. A ningún precio convenía informar aquí (y mucho menos con aquella especial "segunda República" a la vista) de la inminente derrota en toda la línea de esas garrulerías que habían producido en España, además de los estragos oratorios, todos los restantes, mientras el cada vez menos "invisible" complot de nuestras "malas vecindades naturales" seguía vampirizando nuestra economía para impedir su "recapitalización" y progreso, según consigna en vigor desde 1823 a "nuestros días". Como reverberaciones intermitentes de esa revaloración exterior automática de la Cultura hispana, entre otros, Aubrey Bell concedía a España un cierto Renacimiento a su manera; Schwab y Franck se extasiaban ante nuestro virginal primitivismo: Kelly, reeditado, y Pfandl se asombraban "en serio" ante nuestra cultura de la Edad de Oro. Todo ello frente a las negaciones, regateos y panegíricos "à rebours" gálicos, mientras aquí nos acogíamos a la altiva certi-

dumbre de sabernos víctimas de una ignorancia siempre indisculpable y muchas veces bellaca de "lo español", o dábamos en transacciones concesivas, deprecatorias o tangenciales, porque, "en el fondo", incluso la mayoría de los "derechistas" reconocían a las definiciones y anatemas de micheletiana oriundez la autoridad incommovible de "cosa juzgada". Tal, por ejemplo, la hipótesis de que nuestra minerva, por andar a la zaga —¿cómo no?— produjo "frutos tardíos", sin que se nos diga respecto a qué otros "del mismo valor", concretamente; ni se aclare si, aunque tardíos, pudieran ser más perfectos que los precedentes, con lo que el reparo —si lo es— se trocaría en laude. Con todo respeto, ¿no resultará más obvio, por el contrario, que fueron "frutos tempranos" unos —y aun demasiado madrugadores— y los más ni tardíos ni tempranos dada su enorme e "intemporal" originalidad?

Pero —dicho sea también sin acrimonia— nunca han faltado aquí los que han hallado el gusto a la "domesticidad" bisecular al servicio del vecino del Norte, y así, en plena revaloración universal de la Contrarreforma española, y para trivializarla, nos trajeron aquí aquella "bizarre" y estupefaciente ecuación que algunos franceses descubrieron entre la Contrarreforma y la Hipocresía, para intentar convertir a Cervantes nada menos que en vulgar y ladina vulpeja.

Federico de Onís, en cambio, único entre los de su sector, afirmó rotundamente desde los Estados Unidos, donde pudo vivir sin duda más de cerca y en más imparcial ambiente el proceso de la general revisión, un "Renacimiento Español" ni temprano ni rezagado, digno de enfrentarse con el Renacimiento Europeo; y, más modernamente, Alexander Parker y Allison Peers habrían de hacerle eco, desde Inglaterra, manteniendo (como Maeztu) la sustantividad de un "Humanismo Español" digno de medirse con cualquier otro de sus "coetáneos" europeos. Ciertamente, se podrá relativizar de "frutos tardíos" a la novela picaresca, a la *Celestina*, a los Autos sacramentales, a la versión mística española del "drama personal" (y no del "cósmico", como en la versión teutónica), a la eliminación de toda reminiscencia mitológica en nuestra épica primitiva y popular (el ibero Lucano, en la *Farsalia*, fué el primero entre los magnos poetas gentiles en hacer lo propio), a los grandes mitos de Don Quijote, Don Juan y el Cid; al teatro impar y a la "teología iletrada" (para no hablar de las Artes plásticas, la Teología transescolástica, el Derecho, el primer contacto cultural conciliatorio entre el Extremo Oriente y el Occidente europeo, etc., etc.) siempre que nos pongamos de acuerdo en que la moderna locomotora de triple expansión es un "fruto tardío" respecto a la marmita de Papín. Sin que sea irónica ni siquiera

eutrapélica, sino sencilla y consideradamente dialéctica esta apostilla.

Tengo, no obstante, para mí, hace muchos años y cada vez con más fuerte convicción y mejores pruebas (pues como "español" soy "parte" en este pleito secular y angustioso), que Onís y los extranjeros que con él reconocen la irreducible tipicidad y autarquía de la Cultura Hispánica se engañaron (a pesar de su interpretación "constructiva") al atenerse a igualar y oponer lo que creen nuestro Renacimiento y Humanismo con los análogos europeos. Lo que hizo España en la configuración fundacional de su cultura propia, dotada de una energía creadora que por el radicalismo de su originalidad ha sido ponderada de "adámica", fué más que eso: fué que España "descubrió" con anticipación enorme la posibilidad de emplazarse o instalarse culturalmente "allende el Humanismo", especialmente el italo-gálico, o sea que España descubrió otro Nuevo Mundo —espiritual, precisamente el "Moderno", correlativo del geográfico— en la Europa humanística; fué que inventó el "Transhumanismo" (como vengo llamándolo, para mí, sin pretensión proselitista), nueva posición —que, también, pronto habría de universalizarse—, susceptible de dispares rumbos, aunque el propio nuestro no fué ni será antihumanista, sino "ultrahumanista", en prosecución de aquellas innovadoras ideaciones sucesivas originadas desde el tramonto español de la divisoria humanística, sobre la cual el "hecho cultural americano" nos estimuló a plantar, también, la pancarta heráldica del "plus ultra": la "plateresca" y la "barroca".

Todavía es tiempo para esperar de Ortega las precisiones congruentes a su (aun no insalvablemente tardía) reciente y explícita superación del Humanismo. De ese Humanismo que "déguisé" en su acartonada, exhausta, dermocsquelética degeneración "clasicista" trata ahora de "fakirizar" Francia, fuera de toda tempestividad, precisamente en Hispanoamérica (como si la América hispana, para su bien, no hubiera nacido ya *transhumanista*, esto es, plateresca y barrocal); ese "clasicismo" lúero, encorsetado, crustáceo, en los anaqueles de cuya robotica jamás ha podido ser *clasificable* la Cultura española genuina, y contra el que Lope se alzó el primero en Europa; ese pseudo-humanismo que hemos visto descomponerse en uno "nazi", otro "fascista", otro soviético, otro marxista (futurista), otro "integral", otro existencialista, otro "económico", sin contar algún tumefacto "superhumanismo"; mientras se insiste obtusamente en los fallidos conatos de imposible reversibilidad a su pristina eclosión, o de retorno a su profuso, difuso y confuso moldeamiento ulterior liberaloide: formas ambas, como todas las demás, remotamente sobrepasadas a partir de la augural "transgresión" española "heraldada" perspicuamente y muy "a con-

ciencia" por Francisco de Vitoria, primer europeo "no conformista" con la estimación del Humanismo como concepto-límite. Una de las teorías más interesantes de hoy (Toffanin) confirma la necesidad de saltar sobre el Humanismo para que la filosofía a partir del XVII fuese posible. Y en cuanto al Renacimiento, todos hemos podido asistir, inevitablemente regocijados, a la reproducción de la vieja quimera entre Francia e Italia sobre quién lo regaló a quién, porque al sueco Nordström se le ocurrió, no hace mucho, resucitar la tesis "chauvinista" de aquel bravo sorbónico de fines del siglo pasado, Courajod, para quien "la France" —la duda ofendel— fué la verdadera cuna del Renacimiento y no Italia. No contemos las clamorosas negaciones hasta de legitimidad en el uso del vocablo mismo "Renacimiento", o su vituperación iracunda por quienes le consideran —y adviértase que se trata, en su gran mayoría, de investigadores no católicos— estorbo retardatorio, o interferente con nocividad del desarrollo cultural europeo. Sin que en el coro de los improperantes falte la representación franco-italica. Se ha pasado, quizá, a la exageración polarmente contradictoria de la ditirámica de antaño; pero, ¡qué expresiva y tajante mutación en el enjuiciamiento!

Lo someramente apuntado basta para justificar las siguientes observaciones:

Primera. Que el juicio peyorativo sobre los "políticos viejos" más honorables de antaño que, desde 1860, condujeron la cultura nacional, debe mitigarse. No podían luchar (renunciante, en general, al indispensable "heroísmo civil") contra una moda "mundial" ferozmente, "deshonestamente", incomprensiva de España, como fué la micheletiana. Después de capitular, más bien por apocamiento, se acucieron a hacerse perdonar mediante pésimas copias de los modelos extranjeros, preferente o exclusivamente franceses, con renuncia a la nativa originalidad. La Ley Moyano, de 1857, quizá la mejor de Europa en su tiempo, recogió aún buena y abundante sustancia española (dentro de su ritual "progresismo") porque se vió libre del influjo "europeizante" y pedantesco que venimos llamando micheletiano. Pero éste invadió a España apenas promulgada dicha Ley, y produjo el efecto fulminante de paralizarla, anularla *de facto*, hacerla inaplicable. La grandiosidad de la Ley Moyano motivó, no obstante, en los políticos antiguos un respeto casi supersticioso. Nadie se atrevió a derogarla, aunque nadie osó cumplirla. Y así ha estado más de ochenta años "vigente", pero virgen, en estado espectral, diríamos, para morir inocente, pues su derogación no ha podido fundarse en el resultado de ninguna experimentación, buena ni mala, de su total sistema. En cuanto a Menéndez Pelayo (la voz clamante de España en aquel desierto) no podía hacerse divulgable, ni menos "avulgarable".

como se requería para convertirlo en instrumento político. El mismo se queja de que ni siquiera a las aulas universitarias tuvo acceso, cuanto más el influjo polémico profundo que en cualquier otro Estado nacional más fiel y "consciente de sí" hubiera sido esperable. En su entereza solitaria frente a la concitización del "mundo culto" extranjero y su lamentable mine-tización en España, murió el gran Maestro precisamente cuando comenzaba esa gran revisión universal que acabaría por darle la razón, incluso en lo de negarse a reconocer, a despecho de "románticos" y "neorrománticos", a la Edad Media como una etapa de tinieblas "adorables" y poéticamente sublimes, si se quiere, pero tinieblas. La contemporánea y ya proverbial "rebelión de los medievalistas" contra el hiperbolizado Renacimiento (no nos referimos, ¡por favor!, a Berdiaef ni a Maritain) ha demostrado, contra el romanticismo primisecular del XIX y sus redicciones posteriores, así como contra las osadas generalizaciones de Michelet-Burckhardt y sus glorificadores y comentaristas, la luminosidad de la Edad Media y hecho retroceder (¡por contribución muy principal de Haskins y otros investigadores de su grupo, como él yanquis!) nada menos que hasta el siglo XII (dos siglos antes que el humanismo petrarquista), en su opinión, los orígenes del Renacimiento; así como —inversamente— ha hecho avanzar la proyección del ideario medieval hasta el siglo XVIII. Como una consecuencia de toda esta implacable "revista" (que no se refiere para nada a España, habitualmente preterida), admítese ya usualmente que el Renacimiento (como el Humanismo) no fue "uno", sino "múltiple"; no "unívoco", sino "multívoco"; esto es, "equivoco". Repito que, en mi modesta opinión, no era necesario tanto. Pero es así. El famoso brindis del Retiro del gran montañés, ha recibido, pues, una justificación póstuma desde el extranjero.

Segunda. Que quienes durante la Dictadura del General Primo de Rivera seguíamos, ansiosamente, esa gran revisión mundial fácilmente pudimos vaticinar su triunfo a los quince años de comenzada, o sea, hacia 1926. Si entonces resucitamos los Colegios Mayores Universitarios ("asesinados" en tiempo de Carlos III), restituímos y robustecimos la personalidad jurídica de las Universidades, removimos del estancamiento en que yacía a la Enseñanza Media (sin que se nos dejara completar el resto del programa), lo hicimos con plena conciencia de que el momento cultural del mundo nos autorizaba, nos urgía, a prepararnos para esa reivindicación (de la síntesis cultural hispánica) que había estado prácticamente fuera de las posibilidades de la "política vieja" mejor intencionada; política, empero, tan "herilmente" infeudada a la "mala vecindad" como la política malintencionada o la, simplemen-

te, lugareña; que de todas hubo entre 1860 y 1923. El breve y desasosegado período de la Dictadura pudo ser de ese modo constituido, muy a sabiendas, en etapa seminal. Conste así para los que creyeron, o crean, que aquella "sementera en la borrasca", en medio de una oposición dominadora hasta de la calle, fuese fútil interrupción de la rutina, ciega táctica del "fait accompli", inconsciente y flojo reaccionarismo, en suma, simple empirismo. Buena porción de aquella simiente, ya entonces germinada, mantuvo su arraigo durante la República y ha comenzado a deparar las no escasas realizaciones y prometedoras inquietudes que son patentes.

Tercera. Nuestro connatural "Transhumanismo" en cuanto consueña con los pueblos a quienes, por motivos diversos en cuya explicación no puedo demorarme, llamaríamos "extrahumanísticos" (como los germánicos y anglosajones) está vibrando con ellos en acuerdos cada vez más profundos, por el hecho de hallarse ya casi barrida la cerca "ignoble" levantada en torno a España por el influjo del "classicisme" entitativo francés y sus variantes. Y nadie vea en esto "francofobia" sistemática, sino el deseo, perfectamente lícito, de reajuste en su sitio y debida proporción, el importante (pero en manera alguna exclusivo, ni menos excluyente, aunque siempre fuera esa su inveterada e interesada pretensión) influjo cultural francés sobre nosotros. Es posible, por ejemplo, que desde finales del siglo xvii (y a pesar del veto centenario de Kaltenborn, solamente roto por Köhler en 1919) jamás se haya reconsiderado en libros alemanes con la atención que muestran ahora mismo a "todos y cada uno" de los filósofos jurídicos y políticos de nuestra genial "transescolástica" (¡abandonemos eso de la "Neoescolástica"!) la cual, sin cusilería y en perfecto rigor etimológico, acreditase de "inmarcesible" al sobrevivir (pese a su absoluta indefensión) núbil, impertérrita, sola y señera, frente a la organizada agresión universal duradera cerca de tres siglos.

En el puente de mando acompaña ahora al Caudillo (dirigiendo la "reinstauración" nacional y estatal de la que ha resultado ser "insepultable", "indeseñable", "imbatible" e "inconfundible" Cultura Nuestra, o Cultura de "lo Nuestro") un hombre enterado y atento a la perspectiva internacional, mientras el mundo culto vuelve a ocuparse y a preocuparse de la peculiaridad de la "animí cultura" hispánica (nunca logró Ortega más atención internacional que ahora) restableciéndose su indispensable comunicación con la universal, conio es el congénito sentido de la nuestra. No se trata —insistimos— de reeditar a estas alturas ningún *Sturm und Drang* hispánico. No pudimos, ni podremos, renunciar al Humanismo. Pero no pudimos, ni podremos, permanecer en él. Para nosotros fué y

scrá sicmpre "etapa" superable, y no "meta" terminal. "Nuevo es aún el *sustine et abstine* estoico, puesto que a la vista está que no ha envejecido. Nuevo, también, el ibero Séneca, el único pensador de la Romanidad trascendente sin enervamiento desde la "Antigüedad" al "mediocvo", al "Humanismo" y "Renacimiento", al "Transhumanismo" plateresco y barroco, a la "Ilustración, al "Romanticismo" y la "Contemporaneidad, como, seguramente, al futuro, ejerciendo su jurisdicción rogada como sempiterno juez de instancia en la intermitente litis ética de la Cultura "civil". Para ahorrarle la citación de otras "novedades" nuestras, bástele saber que nuestra guerra de Liberación nos ha devuelto la misión y la responsabilidad de escoliastas de esas remotas autenticidades hispanas."

Esto respondí, hace dos años, en el extranjero, a quien me preguntaba, intrigado, si había surgido aquí alguna ideología "nueva" que explicase la presente y deliberada impavidez de España.

Se nos invita, se nos incita al ejercicio de nuestro "derecho a la originalidad". Se confía en las que llaman "reservas hispánicas intactas", en la reanudación del ciclo cultural hispánico, violenta y extrínsecamente roto mucho antes de que hubiera podido llegar natural e intrínsecamente a consumación o malogro.

De nuevo se ofrece la posibilidad de acorrer a ese espíritu "europeo", tan despotenciado ahora que parece dimitido. Al fin y al cabo, España, a partir del Medievo, fué siempre "la otra Europa", "la Europa de reserva", pronta a entrar en acción, para la salvación común, en los momentos cruciales. Confitemos en que la Providencia dejará llegar a tiempos de plenitud nuestro largo, dolorido, anheloso adviento...

W. G. OLIVEROS

